

Folclor a tiempo completo

1.

Hablamos mucho del folclor. De nuestro folclor venezolano. Un fenómeno popular que se comprueba en todas partes. Y que nos hace formular, en forma inevitable, una pregunta curiosa. ¿Qué es, en cualquiera de sus manifestaciones, el folclor? Pues, no es otra cosa, hasta donde se nos alcanza, que la manifestación espiritual del pueblo raso frente a su entorno. El pueblo raso, sí, que no ha ido a la Escuela Primaria; que no tiene idea firme de nada; que carece, en una palabra, de eso que llamamos formación. ¿Algo más? Claro que hay algo más. Lo más esclarecedor del problema: el folclor proviene, definitivamente, de la incultura popular. O, diciéndolo en forma más contundente: el folclor es sinónimo de incultura. El hecho de que se origine en la incultura no le impide pasar del lenguaje a la música, de la música a la danza y a algunas otras artes. Asistimos con gusto, pongamos por caso, a una conferencia sobre folclor, pero no toleramos un concierto de joropo o un acto que fuera programado solamente para el chiste. Claro está que el folclor también es cultura: es el sótano de la cultura. De aquí, en jamás de los jamases, le es posible pasar.

2.

Como el folclor es una especie de caricatura de la cultura, su elemento caracterizador es el chiste. ¿Y para qué utilizamos el chiste? Lo utilizamos, in mala intención, para burlarnos de la vida: del ambiente social especialmente; de los dirigentes de todos los pelajes que pululan en este ambiente. Y, naturalmente, en la burla que decimos le damos puerta franca a la protesta religiosa o política o económica, etc. ¿Qué sería, así, del pueblo raso, que no sabe hablar, que no sabe escribir, que no sabe leer, que ignora la música y la literatura y la poesía y el arte en cada una de sus manifestaciones? Cualquiera podría pensar que el folclor se inventó para divertirnos a todos. Pues, no. No fue así la cosa. El folclor fue originado por la necesidad expresiva del pueblo. No es otro su maestro.

3.

Insistiendo en el folclor, mal podríamos desconocer u olvidar a nuestro Profesor Luis Felipe Ramón y Rivera. El nos habló, por todo lo alto, del folclor venezolano de todos los tiempos. Y, desde luego, le dedicó a nuestro folclor tachirenses capítulos magistrales a lo largo y a lo ancho de su obra. Con Ramón y Rivera, a lo que nos parece, estamos todos los tachirenses en deuda. Un día de estos tendremos que asistir a la develación de su estatua. Pero, desde luego, el Profesor Ramón y Rivera fue un especialista de esta manifestación de la cultura y nos la situó donde tenía que situárnosla: en la escala más baja de la cultura. Esto, porque no otra cosa es todo folclor.

4.

Ahora bien. El folclor, como toda manifestación social nos presenta un peligro que es, por cierto, su problema. ¿Qué peligro? ¿Qué problema? El peligro, tratándose de nuestra patria actual, salta a la vista. Y es que los pueblos, cuando su grado de cultura desciende más de la cuenta, caen en creer que todo es folclor. Venezuela, aunque nos esforcemos en desconocerlo, se halla en tal nivel. Como ya nadie sabe ni leer ni escribir en todo el país, dado el estado de la Escuela Primaria, todos se han dado a creer que la vida, abajo como arriba, es meramente folclor. Y el peligro de referencia tiende, en forma inevitable, a volverse cursilería dondequiera que pongamos los ojos. ¿No es éste uno de los problemas que hoy reconocemos en todas partes? Lo reconocemos en el pueblo raso y ni nos preocupa por las razones ya aclaradas. La cursilería de abajo, si s« puede expresar de este modo, no preocupa. Pero la cursilería ya arriba, en plena altura oficial, cambia de matiz. Es un problema mucho más grave de lo que parece. Nos expone a la risa del universo. ¿Qué podemos hacer hoy mismo al respecto? Averígüelo Vargas, decía Isabel la Católica, aludiendo a su ministro de policía, cada vez que la asediaba algún gran problema.